

individuos, debes sacar en este día un fruto correspondiente á tus consideraciones. Donde quiera que habites, sea el que fuese el empleo de tu vida, nunca te encontrarás tan seguro, que no lleguen á tus oídos las asechanzas y lazos con que procurarán contrastar la firmeza de tu fe. Unas veces oirás declamar contra la oscuridad de sus misterios; otras oirás atribuir su propagación á la ignorancia de los hombres, á su debilidad ó al acaso; otras encontrarás con hombres tan atrevidos, que se atreven á hacer mofa de las ceremonias mas sagradas: tal vez pretenderán sorprenderte con la injusticia de atribuir á la religion los vicios de sus ministros y sacerdotes; y últimamente, oirás quejas amargas contra aquel santo tribunal que persigue á los impíos, y conserva la fe en toda su pureza. Ten presentes en estos casos aquellas palabras de san Pablo (1) en que avisa á sus amados discipulos, *que la palabra de Dios no tiene firmeza en la persuasion de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud.* Acuérdate de aquella sentencia de san Agustín, que dice, *que al paladar enfermo causa hastio el manjar mas sabroso y regalado, y que á los ojos que no están sanos es odiosa la luz tan amable para los que están puros.* Acuérdate finalmente, que el facineroso siempre acusa la ley que castiga sus delitos, y que el perro rabioso muerde con desesperacion la espada que pone término á su furia. En la vida de san Pedro de Arbués y en su gloriosa muerte tienes un ejemplo manifiesto, que confirma todas estas verdades. En ella has visto con qué mortal odio miraron los judios su vida solo porque se empleaba en perseguir con tanto teson sus apostasias. De aquí debes inferir que aquel que habla con poca reverencia del santo tribunal de la Inquisición y de la conducta de sus ministros, sin duda le

(1) I ad Corinth. cap. 2.

acusa su conciencia de delitos, cuyo castigo pertenece á este tribunal. Debes huir su trato y comunicacion, y no solamente esto, sino tener zelo y fortaleza para denunciar sus impiedades adonde las corrijan, y pongan freno á las funestas resultas que se pueden seguir. La religion cristiana y la pureza de la fe deben tener en tu estimacion mas peso que todos los bienes de la fortuna; porque, ¿de qué le sirve al hombre llegar á poseer todo el mundo, si padece de cualquiera manera algun detrimento en su alma?

DIA TRECE.

SAN MAURILLO, OBISPO DE ANGERS.

Hacia la mitad del cuarto siglo quiso Dios dar á todo el mundo cristiano un ejemplo nuevo de virtud en la persona de san Maurillo. Nació en Italia, siendo su patria una pequeña ciudad del Milanés, y nació de padres cristianos, mas respetables por su sólida piedad, que por su nobleza y por el papel que hacian en el imperio. Fué su primer cuidado dar á su hijo una cristiana educacion. Tuvo Maurillo la fortuna de ser instruido en la religion, y educado en la virtud por san Martin, que, al volver de la Panonia, donde dichosamente habia sacado á su madre de las tinieblas de la idolatria, haciendo otras muchas, grandes y ruidosas conversiones, se detuvo cerca de la ciudad de Milan, donde comenzó á hacer vida monástica, y á criar la juventud en el temor santo de Dios y en el ejercicio de las virtudes cristianas.

En la escuela de tan hábil maestro aprendió Maurillo los primeros principios de aquella eminente santidad á que el cielo le llamaba; pero no la pudo disfrutar por largo tiempo. Era obispo de Milan Auxen-

cio, arriano de profesion; y habiendo desterrado del Milanés á san Martin, siguió Maurillo sus estudios en el monasterio, hasta que san Ambrosio le sacó de aquel retiro para hacerle lector de su iglesia, persuadido de que no podia hacer servicio mas importante á toda la clerecía. Muy desde luego fué el ejemplo y la admiracion de todos el nuevo y jóven lector por su modestia, por su juicio y por su virtud; pero le tenia destinado para otra parte la divina Providencia.

Muerto su padre, que era gobernador de la provincia, y no proponiéndose Maurillo otra regla que lo mas perfecto del Evangelio, le pareció debia seguir el consejo del Salvador de abandonar por su amor los parientes, los bienes, y todo cuanto mas amaba en su patria. Con esta idea lo abandonó todo; y noticioso de que san Martin era ya obispo de Tours, y que habia edificado un monasterio, el cual era como un seminario de santos, pasó á buscar á su antiguo maestro para aumentar el número de sus discípulos. Correspondieron perfectamente á las grandes esperanzas que san Martin y san Ambrosio habian concebido los progresos que hizo Maurillo en los caminos del Señor. En vista de su abrasado amor á Jesucristo, de su tierna devocion á la santísima Virgen, de una suma puntualidad en todas las funciones de la vida monástica, de una asombrosa mortificacion de todos sus sentidos, de una caridad universal con sus hermanos, de una profunda humildad, de un inmutable fervor sin distincion de tiempos ni de empleos, juzgó el santo obispo de Tours que un sugeto tan excelente, dotado de tan relevantes prendas, no debia estar como sepultado dentro de las estrechas paredes de una humilde celda. Promovióle á los sagrados órdenes, conformándose con el dictámen y con el pensamiento de san Ambrosio cuando le ordenó de lector; y sin dar oidos á las ingeniosas evasiones que

diseurrió su humildad, le elevó á la dignidad del sacerdocio.

Un carácter tan augusto, como respetable á los mismos ángeles, renovó en Maurillo todos sus fervorosos deseos de aspirar á la mas encumbrada perfeccion. Aumentó los ejercicios espirituales, y añadió nuevos rigores á la austeridad de su penitente vida; y el fuego del divino amor que abrasaba su corazon, no solo se dejó conocer en el sagrado silencio del altar, sino que se hizo sobre todo experimentar en los ardores y en los maravillosos efectos de su infatigable zelo.

Era la provincia de Anjou un país en que los abusos y el desenfreno reinaban entre los mismos cristianos; una tierra en fin inculta, silvestre y por desmontar. Fué enviado á ella san Maurillo, y la cultivó tan dichosamente, que en breve tiempo se vió en toda ella una general y asombrosa mudanza de costumbres, correspondiendo anudantemente el fruto al trabajo del cultivo, tanto, que en pocos dias fué Maurillo un verdadero apóstol. Informado de que en una aldea de las cercanias de Angers se conservaba un templo antiguo dedicado á los dioses falsos, y que todavia concurrían á él los pueblos á ofrecer votos y quemar incienso á los idolos, vivamente conmovido de que triunfase aun aquel resto del gentilismo en medio de la cristiandad, se transfirió á él sin otras armas que las de su fe, las de su cobfianza en Dios, y las poderosas de la oracion. Hubiera sido ociosa diligencia valerse de medios humanos para echar por tierra el sacrilego edificio, y así recurrió á los divinos. Púsose en oracion á vista del templo, levantó las manos y los ojos al cielo con resolucion de importunar constantemente al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo hasta conseguir la milagrosa destruction de habitacion tan infame. Poco tiempo tuvo que

esperar esta gracia. Hallábase el cielo muy sereno, y sin embargo se vió descender de él un torbellino de fuego que en un instante redujo á cenizas los ídolos y el templo. Atónitos los gentiles en vista de tan estu- penda maravilla, quedaron dispuestos sus ánimos para convertirse; y despues de haberlos instruido san Maurillo, los incorporó en el rebaño de Jesu- cristo. Edificó una iglesia al verdadero Dios sobre las ruinas del templo que habian consumido las llamas: sirvióla por espacio de doce años, ilustrando su santa vida y sus apostólicos trabajos con prodigiosa mul- titud de milagros.

Cierto pobre hombre, llamado Saturno, habia na- cido con las dos manos tan descarnadas y tan secas, que jamás habia sentido en ellas el mas mínimo mo- vimiento. Estando una noche durmiendo, le pareció oír una voz que le decia: *Vé á buscar al siervo de Dios Maurillo; ruégale que te haga sobre las manos la señal de la cruz, y al mismo tiempo cobrarás el uso de ellas.* No esperó á que se lo mandasen segunda vez. Luego que amaneció se fué á echar á los piés del santo, refi- rióle el sueño, y le suplicó que hiciese el milagro. Conociendo san Maurillo que Dios queria autorizar su mision con aquel prodigio, hizo primero oracion, despues hizo la señal de la cruz sobre las dos manos, y en el mismo punto quedaron tan perfectamente sanas, que los que no las habian visto antes no po- dian creer que jamás hubiesen estado enfermas.

Trajéronle una mujer ciega, y poseida de un de- monio tan furioso, que era preciso tenerla siempre fuertemente maniatada. Compadecióse de ella el santo, y con una especie de prodigio pocas veces visto, solo con poner en ella los ojos quedó libre del demonio; y haciendo despues la señal de la cruz sobre los de la ciega, le restituyó la vista. Fueron á decirle que los gentiles de los países circunvecinos,

atemorizados del milagroso incendio que habia con- sumido el templo de Calona, habian juntado todos sus ídolos, y colocándolos en cierto lugar subterrá- neo, concurrían continuamente á él, y les rendían culto abominable. No fué menester mas para encen- der todo su zelo. Pasó inmediatamente Maurillo á aquel profano sitio, y con sola su presencia espantó á todos los demonios, oyéndoseles gritar con horri- bles ahullidos: *Maurillo, ¿porqué nos persigues en todas partes? ¿tambien nos vienes á arrojar de este último atrincheramiento? ¿es posible que no nos has de conceder paz ni tregua?* Mas animado el santo con sus quejas, hizo la señal de la cruz, y en nombre de Jesucristo les mandó que no volviesen á parecer mas. Al instante se conoció que huían los espíritus ma- lignos, dando bramidos espantosos. Victorioso Mau- rillo de todo el infierno, mandó que juntasen todos los ídolos en un monte, él mismo les puso fuego, y quedaron reducidos á ceniza. Pasmados los idolatras de aquella maravilla, se convirtieron todos á la fe de Jesucristo; y aprovechándose el santo de su primer fervor, edificó allí mismo un célebre monasterio, que muy en breve se llenó de santos religiosos, cuyas virtudes santificaron con su buen olor todo aquel contorno.

Al restituirse á la iglesia encontró en el pueblo una tropa de mercaderes, que hacían infame tráfico, mal tolerado en aquel tiempo, y pasaban á España á ven- der esclavos de uno y otro sexo. Uno de ellos se escapó y se refugió en la iglesia de nuestro santo, donde postrado á sus piés le suplicó que le librase de la esclavitud. Enternecióle la vista de tan lastimoso espectáculo; y pasando á la posada del mercader, le rogó que diese libertad á aquel pobre hombre, puesto que habia sido cogido por sorpresa. No moviéndose la dureza del mercader con las razones mas fuertes y

mas eficaces que el santo le pudo decir, no hubo forma de recabar de él diese libertad al esclavo. Acudió entonces san Maurillo á su ordinario refugio, que era el Señor. Encerróse en su iglesia: pasó toda la noche en oracion á los piés de Jesucristo, y por la mañana tuvo noticia de que estaba agonizando aquel duro mercader. Con efecto, pocas horas despues espiró, dejando preocupados á sus compañeros de un espantoso temor. Con el miedo de que viniese sobre ellos otra semejante desgracia, se arrojaron á los piés del santo, deshaciéndose en lágrimas; y bien persuadidos de lo mucho que podia con Dios, le suplicaron que tuviese piedad de ellos y del difunto, alcanzándole á este tiempo y vida para conocer su culpa, y para hacer penitencia de ella. Dejóse vencer san Maurillo: volvió á su oracion, resucitó el difunto; y lo primero que este hizo fué pedir perdon de su codiciosa dureza, y dar libertad á su esclavo: ejemplo que imitaron los demás, y todos aquellos infelices cobraron la libertad, dando palabra de que usarian bien de ella.

Hizose famoso el nombre de Maurillo con tantas maravillas; y muerto el obispo de Angers, que, segun se cree, era Próspero, no hubo en que deliberar para elegir á Maurillo por obispo; pero hubo mucho que trabajar para vencer la aversion que le inspiraba su humildad á todo género de dignidades. Fué preciso sacarle á viva fuerza de su iglesia parroquial, y conducirle á Angers con la misma violencia: ni se pudo obtener de él que consintiese voluntariamente en su consagracion, hasta que un milagro le obligó á prestar el consentimiento. Al mismo tiempo que entraba en la iglesia catedral en compañía de san Martin, su metropolitano, que habia tenido gran parte en aquella promocion, se dejó ver sobre su cabeza una paloma de extraordinaria blancura, la cual se mantuvo en ella

hasta que se acabó la sagrada ceremonia de la consagracion. Esta la hizo san Martin, quien aseguró que, además del Espiritu Santo, visiblemente descubierto en figura de paloma, habia tambien asistido á la consagracion una multitud de espíritus angélicos. La noche siguiente la pasó toda en su iglesia el nuevo obispo, pidiendo al Señor el verdadero espíritu del apostolado; y por las maravillas que obró despues en todas las funciones, se conoció bien que habia recibido toda la plenitud. En nada se dispensó de sus primeras austeridades por las fatigas apostólicas del pontificado; antes bien las aumentó para que su zelo, como decia él mismo, fuese mas eficaz.

Pero no fueron bastantes todas las bendiciones que derramaba el cielo sobre su solicitud pastoral para desvanecer la repugnancia que sentia en verse ocupar una silla tan ilustre como elevada; disgusto que se renovó con motivo de haber muerto un niño sin el sacramento de la confirmacion, no obstante de haber sucedido sin culpa del santo prelado. Añadiéndose á todo esto el deseo de vivir desconocido, tomó en fin la resolucion de dejar el obispado, y desterrarse de Francia para pasar en la soledad el resto de sus dias. Salió, pues, secretamente de la ciudad, y encaminándose al primer puerto, encontró un navío pronto para hacerse á la vela, en el cual se embarcó, y se fué á Inglaterra. Ya estaba en alta mar cuando se acordó que, sin advertirlo, se llevaba consigo las llaves de las reliquias de su iglesia; y como las tuviese en la mano, pensando en el modo de enviarlas, entró una ola en el barco, bamboleóse este impensadamente, y las llaves cayeron en el agua. Apesadumbrado del caso, levantó los ojos al cielo, y exclamó: *Esto se acabó; no volveré á la tierra que dejé hasta que parezcan estas llaves.* Luego que desembarcó, tomó un vestido pobre; y deseando vivir desconocido, se aco-

modó por jardinero en casa de un señor, que luego se prendó de su afabilidad y de su modestia. Echando Dios la bendicion á su pequeño y deslucido trabajo, se enamoraron todos de la virtud del jardinero extranjero, y cada uno le hacia su particular elogio.

Entre tanto, luego que el clero y el pueblo de Angers llegó á entender la fuga de su santo pastor, fué general el desconsuelo en todo el obispado. Tomaron la resolucion de buscarle en cualquiera parte del mundo donde estuviese, y para este fin fueron nombrados cuatro diocesanos, que por espacio de siete años anduvieron corriendo toda la Europa, pero siempre inútilmente. En fin, estaban esperando á que aparejase un navio que partia para Inglaterra con ánimo de embarcarse en él, cuando en la orilla del mar encontraron una piedra donde estaban grabadas estas palabras: *Por aqui pasó Maurillo obispo de Angers, tal dia y tal año.* Con este milagroso descubrimiento se animaron mas á buscarle. Embarcáronse, pues, y cuando iban navegando á toda vela, de repente brincó del mar al navio un abultado pez, cuyo extraño suceso los dejó altamente sorprendidos; pero lo quedaron mucho mas cuando abriéndole encontraron en el vientre las llaves de sus reliquias. Al principio creyeron todos que sin duda se habia ahogado el santo obispo; pero la noche siguiente tuvieron todos cuatro separadamente una vision que les desvaneció este pensamiento, asegurándoles que encontrarían á Maurillo. Con efecto, luego que desembarcaron en Inglaterra, tuvieron noticia de que en casa de un señor inglés habia un extranjero, que con el nombre y oficio de jardinero ocultaba un raro mérito y una virtud extraordinaria. No les fué difícil dar con él; y habiéndole encontrado en su jardin, se arrojaron á sus piés, suplicándole con lágrimas y con ruegos que se volviese con ellos á cuidar de sus

ovejas. Enterneciósse el siervo de Dios; pero les dijo que habia hecho propósito de no volver á su pais hasta que pareciesen las llaves de las reliquias. Mostráronselas al punto los diocesanos, y le refirieron el suceso. Conociendo entonces el santo obispo la voluntad de Dios tan declarada con aquella maravilla, se rindió á sus instancias, y consintió en restituirse á su iglesia. Es fácil concebir la admiracion y la veneracion que causaria este enlace de prodigios á los que los supieron y vieron al santo en Inglaterra; pero no es tan fácil imaginar la alegría y el respeto con que fué recibido en Angers de todo su amante pueblo. El historiador de su vida, que al parecer de Surio fué Fortunato, obispo de Poitiers, asegura que antes de partir de Inglaterra habia tenido una vision en que se le apareció un ángel, declarándole ser voluntad de Dios que volviese á su iglesia, y que para mayor favor le concederia la resurreccion de aquel niño que habia muerto sin confirmacion, sirviendo este acaso de pretexto á su inspirada fuga. Añade el mismo historiador que, apenas llegó san Maurillo á Angers, cuando se fué á la sepultura del niño, la mandó abrir, y animado de una viva confianza en el Señor, hizo oracion, gimió por largo tiempo derritiéndose en lágrimas, y el fruto de su oracion fué la resurreccion del difunto, á quien administró inmediatamente el sacramento de la confirmacion, llamándole Renato, en memoria del segundo nacimiento; tomó de su cuenta su particular educacion, formóle en la virtud, y Renato hizo en ella tantos progresos, que mereció con el tiempo ser sucesor del mismo san Maurillo. Hasta aqui el referido historiador. Este hecho, aunque se representa increíble, tiene por garantes al santo obispo de Poitiers, que vivió en el siguiente siglo; á san Gregorio, obispo de Tours, que floreció en tiempo aun mas inmediato al milagro, y á la anti-

gua tradicion de la iglesia de Angers, bien probada en la sabia disertacion que dieron á luz los canónigos de aquella catedral.

Lo restante de la vida de nuestro santo fué una serie continuada de milagros, de admirables ejemplos de virtudes, y un dechado cabal de la vida apostólica. Nada aflojó en su primer fervor, antes bien aumentó sus penitencias. En la cuaresma no comia otra cosa que una sopa de agua y sal, y esto una sola vez de tercer en tercer dia, durmiendo siempre sobre la dura tierra. Pero el que era tan áspero consigo, jamás lo fué con los otros; antes hacia una parte de su carácter la blandura y la mansedumbre de Jesucristo. Siempre se le encontraba de alegre y risueño semblante, ganándole los corazones de todos aquellos sus modales tan gratos como apacibles; y era dicho comun, que jamás se habia visto hombre por una parte mas mortificado, y por otra que hiciese mas amable la virtud. Con sola su presencia corregia los abusos, y así se vió mudar de semblante toda la diócesis en el gobierno de tan santo pastor. Abolió una fiesta enteramente pagana, que duraba por espacio de siete dias, pasándose todos en danzas y en banquetes, la cual se celebraba sobre la cima de una enorme peña en las cercanías de Angers; y para santificar un lugar profanado hasta entonces por la dissolution, edificó en el mismo sitio una iglesia en honor de la santísima Virgen. En fin, lleno de dias y de merecimientos, acabó su santa vida con la muerte de los santos el año 437, casi á los 90 de su edad, el dia 13 de setiembre. Fué enterrado en una sepultura que él mismo habia mandado hacer en una especie de cementerio cerca de Angers, y el Señor la hizo gloriosa con multitud de milagros.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandria, la fiesta de san Filipo, padre de santa Eugenia, virgen. Abandonó este santo la dignidad de prefecto de Egipto por recibir la gracia del bautismo. Su sucesor el prefecto Terencio le mandó traspasarle la garganta con una espada, mientras el siervo de Dios estaba en oracion.

En la misma ciudad, san Macrobio y san Julian, mártires, los cuales padecieron bajo Licinio.

Dicho dia, san Ligorio, mártir, quien fué muerto en su ermita por unos paganos en odio de Jesucristo.

En Alejandria, san Eulogio, célebre por su saber y virtud.

En Angers de Francia, san Maurillo, obispo, que resplandeció con innumerables milagros.

En Sens, san Ama, obispo y confesor.

En el mismo dia, san Venero, confesor, varon de admirable santidad, que vivió como ermitaño en la isla Palmaria.

En el monasterio de Remiremont en Francia, san Ameto, presbitero y abad, esclarecido por su abstinencia y don de milagros.

En Tóurs, san Lidorio, obispo, predecesor de san Martin.

En Autun, san Nectario, obispo, quien eligió á san German con el tiempo obispo de Paris, para abad de San Sinforiano de Autun.

En Cluni, el venerable Teuton, abad de San Mauro cerca de Paris, varon de gran santidad.

En Egipto, santa Heraclia.

El propio dia, san Barsanor, abad.

En Placencia, san Mauro, obispo, cuyo cuerpo es venerado en San Savino de dicha ciudad.

En Armento de la Basilicata, san Lucas, monje, del orden de san Basilio.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Maurilli, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Concedéenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Maurillo, se aumente en nosotros el espíritu de piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epistola es de la segunda que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 5.

Fratres : Caritas Christi urget nos : æstimantes hoc, quoniam si unus pro omnibus mortuus est, ergo omnes mortui sunt; et pro omnibus mortuus est Christus: ut, et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit. Itaque nos ex hoc neminem novimus secundum carnem. Et si cognovimus secundum carnem Christum; sed nunc jam non novimus.

Hermanos : la caridad de Cristo nos estrecha, considerando esto, que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió Cristo, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos, y resucitó; y así nosotros no conocimos á ninguno por esto segun la carne. Y si conocimos á Cristo segun la carne, ahora ya no le conocemos.

NOTA.

« Queriendo san Pablo en el capítulo quinto, de donde se sacó esta epistola, mover á todos los hombres al amor de Jesucristo, les da por razon la muerte del mismo Jesucristo por todos los hombres. Todos estaban muertos á la gracia por el pecado del primer hombre; y así por todos murió Jesucristo, sin que ni uno solo quedase excluido del beneficio de la redencion. »

REFLEXIONES.

Que toda la tierra esté regada con sangre de Jesucristo, efecto es de su ardiente caridad; pero de-

cidme, ministros del Evangelio, que toda la tierra esté cubierta de pecadores, ¿no lo imputará el Salvador á la frialdad de la vuestra? Vino á pegar su divino fuego á toda la tierra; no desea otra cosa sino que se encienda; ¿á quien se atribuirá que no prenda este celestial fuego por falta de quien le sople y le avive? Para interesarse con ardor y con verdadero zelo en la salvacion de los prójimos, es menester persuadirse y pensar con el apóstol san Pablo, que de tantas almas como corren ciegas á la perdicion ni una sola hay á quien Dios no quiera sinceramente salvar. Limitar al corto número de elegidos el beneficio de la redencion, es privar á los ministros zelosos de aquella confianza que los sostiene cuando aseguran que no trabajan en balde, ni á lo que saliere, sino arreglándose á la intencion y á la voluntad de Jesucristo. Ninguna cosa acobardaria ni extinguiria mas aquel su abrasado zelo que este funesto, este pernicioso error. ¿A qué fin atravesar tantos mares, consumirse vanamente en inútiles trabajos, para hacer entrar en el redil un casi infinito número de gentes, que ni oyeron la voz del pastor, ni fueron jamás, ni jamás podrán tampoco ser ovejas de su rebaño? ¿qué consideracion podrá animar este zelo, una vez que se dé lugar á la herética opinion de que hay en el mundo una inmensa multitud de almas, por las cuales no murió Jesucristo? ¿ni quién podrá excitar, fomentar y mantener en los mismos fieles la debida confianza, una vez que estén persuadidos de que por mas que hagan, ni tuvieron, ni pueden ya tener parte en los méritos y en la muerte del Salvador? No hay herejia mas propia para introducir en el mundo la corrupcion de las costumbres. La duda sola de si Jesucristo murió por todos los hombres quita el aliento á los pecadores, y apaga la confianza á los justos. ¿A qué fin mortificarme, ni estarme haciendo toda la vida

una cruel y penosísima violencia? Si Dios no murió por mí, todos mis esfuerzos y todas mis victorias son inútiles: el mortificarme es perder tiempo. Y si este divino Salvador se dignó morir por la salvación de mi alma, aunque perseverare hasta la muerte en los mayores desórdenes, ninguno me quitará morir con la muerte de los santos. ¿Puede imaginarse error más pernicioso? Así, pues, no hay hereje de esta especie que no tenga costumbres muy estragadas bajo la máscara de una aparente piedad. ¡O Señor, y qué poco conocidas son las consecuencias de vuestra preciosísima muerte! A quien no las penetra, fácil cosa le es decir que no pedis tan alta perfección á todos aquellos á quienes quereis salvar. Pero el que considera que, habiendo muerto por todos los hombres, á todos les impusisteis la estrecha obligación de vivir única y precisamente para vos, de arreglar su vida á los preceptos y á las máximas del Evangelio, con dificultad descubre qué temperamento se podrá aplicar á la vida más austera, ni qué diferencia puede haber entre una vida que enteramente debe estar consagrada á Dios y una total abnegación. Ni hay que decir que no se descubre culpa, ni cosa que parezca reprehensible en el apego que se conserva á ciertos objetos: en oliendo este apego á cosa de la carne, y en siendo según su inclinación y sus deseos, ya no se puede componer con un estado en que solo nos debe ocupar lo que se refiere á Dios. Ahora juzga tú si el espíritu y las máximas del mundo pueden convenir á unos hombres que están indispensablemente obligados á vivir según el espíritu y las máximas de Jesucristo.

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Venite ad me omnes, qui laboratis, et one-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Venid á mí todos los que estais fatigados y

cati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve. cargados, que yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y encontraréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y la carga mía ligera.

MEDITACION.

DE LA VIDA DEL SIGLO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la vida del siglo es una vida tumultuosa, poco cristiana, llena de inquietudes, de disgustos, y siempre acompañada de crueles remordimientos. Por más que los mundanos se esfuerzan á hacernos las más risueñas pinturas de ella; por más que nos la pinten con términos pomposos y falaces; por más brillantes que sean los colores con que intenten retratarla, ni su simulación, ni sus artificios alteran un punto la naturaleza del estado. Con todas esas afeitadas mascarillas, con todas esas floridas exterioridades, con todas esas risueñas apariencias, la vida del siglo es una dura esclavitud, es la región de los trabajos y de los lamentos. Aquellos mismos que más claman contra esta verdad experimental, esos son los que interiormente la conocen, y la palpan mejor que todos los otros. Mientras descaradamente afectan cierto aire artificioso de libertad; al mismo tiempo que ponderan tanto sus diversiones y sus gustos; cuando están haciendo ostentación de su quimérica felicidad, allá dentro de su corazón están confesando que ni hay, ni hubo jamás condición más esclava, más penosa ni más infeliz que la suya. ¡Qué opresión más molesta, buen Dios, que aquella con que se vive en el siglo! Es preciso sufrir á unos,